

“Jesús y Zaqueo”

Hohenau.

2 Ts 1:1-5, 11-12; Lc. 19:1-10

Sermón de Lucas 19:1-10

¿Qué puede llevar a hombre a subirse a un árbol? ¿Qué puede motivar a una persona rica a ir corriendo delante de la gente y subirse a un árbol? ¿Qué sentimientos habrá tenido el petizo Zaqueo para desear conocer tanto a Jesús? ¿Y por qué Jesús desea quedarse a comer en la casa de un hombre corrupto, estafador y un vende-patria? ¿Qué tiene que ver la historia de Jesús y Zaqueo, con la historia de la Reforma y de Lutero?

1. Jesús y Zaqueo

Zaqueo es un personaje bastante simpático de la Biblia. Se le conoce por una característica física muy peculiar. ¿Cómo era Zaqueo? Era un petiso, bajito de estatura. También era el jefe de los que cobraban impuestos para Roma. Seguramente el evangelista y apóstol Mateo, alguna vez ya había tenido trato con este jefe de cobradores de impuestos que era Zaqueo. Alguna vez tenía que haber enviado alguna comisión y dinero ha Zaqueo.

Zaqueo era de la ciudad de Jericó, que fue la primera ciudad conquistada por los israelitas al entrar en la tierra prometida liderados por Josué, el sucesor de Moisés. Era una ciudad importante, que distaba a unos 30 km de Jerusalén, y que estaba hacia el este, cerca del río Jordán. Jesús va llegando a Jericó en su camino final hacia Jerusalén, para su pasión, muerte y resurrección. Y mientras llega, la gente se entera y sale a recibirle con alegría. Entre la multitud que sale a recibirle, está también el petiso Zaqueo. Pero acá comienza lo simpático de esta historia. Zaqueo es tan bajito, ¡que no alcanza a ver a Jesús! Por más que él lo intente, ¡no puede ver a Jesús! A causa de la multitud de gente, se queda privado de conocer quién es Jesús.

Así que a Zaqueo se le ocurre un plan. Él dice: “Iré delante de la gente, calculando por dónde va a pasar Jesús en su llegada a Jericó, me subiré al sicómoro (un árbol parecido a la higuera, de madera dura), y me sentaré a esperar que pase por allí. Así podré ver quién es Jesús. Yo quiero ver a Jesús. No me quiero quedar sin ver a Jesús.”

Como Zaqueo era, obviamente, de piernas cortas, tiene que ir corriendo enseguida para ejecutar su plan. No era nada fácil para él subirse a un árbol. Por eso su apuro, habrá intentado más de un vez hasta que lo consiguió, se habrá ensuciado, lastimado, gente que pasaba por ahí y se habrá burlado de él, por lo que estaba haciendo, gente que no le entendía su necesidad de ver y conocer a Jesús. Gente que piensa así: este está pagando por sus pecados, jajaj, ¡mirá lo que le toca hacer si quiere ver a Jesús!

Y acá uno se pregunta: ¿Qué motivó a Zaqueo querer ver a Jesús con sus propios ojos? ¿Por qué ese deseo tan grande? Ciertamente, él reconoció que a pesar de todo el dinero que tenía, había algo más que le faltaba, algo que el dinero nunca jamás podrá comprar. Zaqueo vio la oportunidad de su vida al darse cuenta que llegaba Jesús a su ciudad. El sentirse sólo y abandonado por la sociedad, a pesar de ser una persona rica, que materialmente no le faltaba nada. Al parecer, nadie le comprendía a Zaqueo. Hasta quizás ya había empezado a sentir cansancio de la vida, hastío, ya no le encontraba el sentido a la vida. Esta era la pobreza de Zaqueo: la falta de paz, la falta de perdón, la falta del conocimiento del amor de Dios. La ansiedad que Zaqueo tenía por ver a Jesús, su apuro por correr y subirse al árbol, nos dan a entender la desesperación y el hambre y sed de justicia, de paz y de perdón que él tenía. Pero eso el dinero no puede comprar, no puede ofrecer. Zaqueo lo sabía, porque él ya tenía todo el dinero que quería, y se daba cuenta que había hecho del dinero un ídolo, y ese ídolo, ese falso dios, lo había engañado. Zaqueo tenía hambre y sed en su espíritu, hambre y sed de la Palabra de Dios.

Dice nuestro texto, que cuando Jesús llegó a donde estaba Zaqueo, miró hacia arriba, casi seguro con una sonrisa, y le dice a Zaqueo, aquellas maravillosas y consoladoras palabras, que para Zaqueo fueron el más dulce evangelio: “Zaqueo, date prisa, desciende, porque hoy es necesario que pose yo en tu casa” (Lc. 19:5). Imagínense la sorpresa, la emoción de Zaqueo: ¡Jesús le recibía! ¡Jesús conocía su nombre! ¡Jesús estaba dispuesto a relacionarse con él, un pecador! ¡Jesús no sólo quería hablar y saludar a Zaqueo! ¡Jesús quería hospedarse en la casa de Zaqueo, y comer con él!

Jesús, como diríamos nosotros hoy día, “se auto-invité”. No le preguntó a Zaqueo, “si vos querés, me quedo a comer en tu casa”. No le dijo tampoco, “iré a comer a tu casa, pero a en secreto, para que nadie se entere”. Ni tampoco le dijo: “Iré a tu casa, pero mira, yo cobro el diezmo por la visita”. Ni menos aún le dijo: “Hoy entro a comer en tu casa, pero mañana me tendrás que donar todo el dinero tuyo para mis giras evangelísticas”. Tampoco le dijo: “Mirá Zaqueo, yo sé muy bien que sos un pecador, deberás pagarme para que yo te perdone”.

Con esto quiero decir, estimados amigos, que esta historia bíblica muestra perfectamente lo que es la justificación por la fe. Zaqueo no hizo nada para ser salvo. Lo de subir al árbol, es por su contrición por su pena, su dolor. Al mismo tiempo, Zaqueo ya tenía la fe en Jesús, por las palabra de Jesús que habían salido de su boca y seguramente habían llegado a oído de Zaqueo. Lo que Zaqueo necesitaba, era un encuentro personal con Jesús, necesitaba oír el evangelio que Jesús le predicaba a él mismo, personalmente. Y en atención a eso, Cristo mismo, lo que primero que le dice, es su nombre: “*Zaqueo*, date prisa, desciende, porque hoy es necesario que pose yo en tu casa.”

Esa comunión, ese encuentro personal con Jesucristo, es lo que hoy tú y yo podemos sentir y experimentar en la santa cena, en la mesa del amor y del perdón a la cual Cristo mismo viene para compartir contigo, individualmente, y también como familia de la fe, todo el tesoro de gracia, de paz, de salud y vida y él ya te compró por medio de su amarga muerte en la cruz y su gloriosa resurrección de entre los muertos. Todo el tesoro de su amor, él entrega a voz, Zaqueo, por medio de su Santa Cena, su verdadero Cuerpo y Sangre presentes en el pan y el vino consagrados, conforme a la institución que él nos dio.

La consecuencia de esa experiencia personal con Cristo, es que Zaqueo cambia de vida. Porque Jesús vino no solo a casa de Zaqueo para comer. Él vino a entregarle el perdón completo de sus pecados, y con eso, una nueva vida, y salvación. Por eso Zaqueo, agradecido con la nueva vida de perdón que Jesús vino a traerle, concluye diciendo: *He aquí, Señor, la mitad de mis bienes doy a los pobres; y si en algo he defraudado a alguno, se lo devuelvo cuadruplicado* (Lc. 19:8). De la misma manera, podemos nosotros establecer una conexión entre la Santa Cena y la vida cristiana. No podemos simplemente venir al sacramento del Altar, y seguir nuestra vida como si nada. Porque Jesús se hace parte de nosotros, de nuestro propio y cuerpo, por la Santa Cena, al donarnos su propio Cuerpo y su propia Sangre presentes en, con y bajo las especies del pan y del vino. Como el apóstol Pablo dice: “Porque nadie aborreció jamás a su propia carne, sino que la sustenta y la cuida, como también Cristo a la iglesia, porque somos miembros de su cuerpo, de su carne y de sus huesos” (Ef. 5:29-30). Cristo da vida, nutre y fortalece a su Iglesia por medio de su Palabra y Sacramentos. Como Él mismo nos enseña: “Yo soy el Pan de Vida” (Jn. 6:48); “Yo soy el pan vivo que descendió del cielo; si alguno comiere de este pan, vivirá para siempre; y el pan que yo daré es mi carne, la cual yo daré por la vida del mundo” (Jn. 6:51).

Jesús, la cabeza del cuerpo, da vida y nutre a su cuerpo la Iglesia y la mantiene unida en comunión con Él, por medio del santo Sacramento del Altar, la Eucaristía, o Santa Cena. Es allí donde sucede la comunión de amor, de paz y reconciliación, en que Cristo perdona todos mis pecados, y yo, como miembro de su cuerpo, son alimentado y fortalecido en su gracia para animar, consolar, y servir, en mi vocación, con la paz y el perdón de Cristo a otras personas también.

2. Jesús y Lutero

Martín Lutero, un monje alemán, fue un hombre llamado por Dios, a semejanza de Zaqueo. Él también sentía esa hambre y sed de justicia, de la justicia del Evangelio de la paz. Y como la multitud tapaba la visión a Zaqueo, de tal manera que no podía ver a Cristo, así también Lutero en un momento de su vida no podía ver a Dios como realmente Él es. Muchas personas se sienten confundidas hoy día, sin poder ver a Dios realmente como Él se nos presenta en Cristo, porque hay ciertas personas, tradiciones de hombres, costumbres paganas como Halloween, etc., que les impiden tener una visión clara de Dios, de su gracia y de su amor.

Pero un día Lutero, a través de las palabras de la Biblia, finalmente pudo encontrar las palabras que tanto necesitaba: el pecador es justificado por Dios a través de la fe, gratuitamente, sin las obras que exige la Ley y sus mandamientos, gracias al sacrificio hecho por Cristo Jesús en la cruz del calvario, quien murió por sus pecados, le obtuvo así el perdón de Dios, y la vida eterna.

Interesante resaltar, que tal descubrimiento, tal encuentro de Cristo con Lutero, sucedió en lo alto de una torre, en la torre del monasterio en Wittenberg. Aquella noche del año 1514, Lutero se encontraba preparando su clase sobre los Salmo que iba a dictar el día siguiente. Así como Zaqueo en Jericó tuvo su primer encuentro con el Salvador Jesús estando encima de un árbol de sicómoro, así también Martín Lutero, el “Zaqueo alemán” tuvo su encuentro personal con Cristo en lo alto de aquella torre, mientras estudiaba las Escrituras.

¿Cómo termina esta historia? A partir de allí, la vida de Zaqueo fue diferente, una vida nueva, que Jesús por el evangelio había hecho nueva. Seguramente fue de bendición en su trabajo como “cristiano”, y ya no se dedicaría a robar. Del mismo modo también, la vida y obra de Martín Lutero fue de bendición para el pueblo alemán, y para todo el cristianismo. Ambos, Zaqueo y Lutero, fueron de bendición, porque Jesús estaba con ellos, y en ellos, a través de su Palabra, Bautismo y Santa Cena.

Querido pueblo cristiano, estimados hermanos en Cristo. La historia bíblica, y la historia de la iglesia también, nos demuestran que una y otra vez, Cristo viene a reformar, restaurar y hacer nueva nuestras vidas. Él, nuestro Dios de gracia, hecho carne y sangre por nosotros en el sacramento del Altar, vino a ofrecer su vida en rescate por todos. Yo, al igual que Zaqueo, y como Lutero en su día, también hoy puedo hacer más las palabras de Cristo, que me dicen personalmente: “Hoy ha venido la salvación a esta casa; por cuanto él también es hijo de Abraham. Porque el Hijo del Hombre vino a buscar y a salvar lo que se había perdido” (Lc. 19:9-10). Amén.